

León y Gama, Antonio de. *Descripción histórica y cronológica de las dos Piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790 ... México: Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1792.*

"Discurso preliminar"

Siempre he tenido el pensamiento de que en la plaza principal de esta ciudad, y en la del barrio de Santiago Tlatelolco se habían de hallar muchos preciosos monumentos de la Antigüedad mexicana, porque comprendiendo la primera una gran parte del templo mayor de México, que se componía de 78 edificios entre templos menores, capillas y habitaciones de sus sacerdotes y ministros, donde se guardaban no solamente tantos falsos dioses que adoraba su ciega idolatría (los cuales, como es constante, eran de piedra dura y de excesiva magnitud y peso, y por esta razón difíciles de transportar a otros lugares); sino también muchos instrumentos con que ejercitaban sus artes y oficios, y noticias históricas y cronológicas, que se conservaban grabadas en grandes lápidas por aquellos mismos sacerdotes a cuyo cargo estaba cuidar de la memoria de los hechos de sus mayores; de la ordenación del tiempo; de las fiestas que celebraban; y de todo lo demás que conducía a su gobierno político y religioso; y habiendo sido la segunda plaza de Tlatelolco el último lugar donde se retiraron y mantuvieron los indios hasta el día de la toma de la ciudad, es de creer que allí hubieran ido conduciendo así sus penates, o ligeros idolillos, que de todas materias (aun de las más preciosas, según las facultades de sus dueños fabricaban y guardaban dentro de sus propias casas, como todas las alhajas y tesoros que poseían; otras que servían de adorno a los mismos ídolos; y todas las riquezas que perdieron los españoles la noche que salieron fugitivos de México, que no pudieron después recobrar, sin embargo de las muchas diligencias y solicitudes con que lo procuraron, hasta bucear casi toda la laguna, donde dijeron los indios haberlas echado. Es, pues, de creer, que todo esto, o la mayor parte de ello, esté debajo de la tierra de Tlatelolco. Si se hicieran excavaciones, como se han hecho de propósito en la Italia para hallar estatuas y fragmentos que recuerden la memoria de la antigua Roma, y actualmente se están haciendo en la villa de Rieves, tres leguas distante de Toledo, donde se han descubierto varios pavimentos antiguos, ¿cuántos monumentos históricos no se encontrarían de la Antigüedad indiana? ¿Cuántos libros y pinturas que ocultaron aquellos sacerdotes de los ídolos, y principalmente el Teoamoxtli, en que tenían escrito con sus propios caracteres su origen; los progresos de su nación desde que salieron de Aztlan para venir a poblar las tierras de Anahuac; los ritos y ceremonias de su religión; los principios fundamentales de su cronología y astronomía, etc.? ¿Y cuántos tesoros no se descubrirían? [...]

Con ocasión, pues, de haberse mandado por el gobierno que se igualase y empedrase la plaza mayor, y que se hiciesen tareas para conducir las aguas por canales subterráneos; estando excavando para este fin el mes de agosto del año inmediato de 1790, se encontró, a muy corta distancia de la superficie de la tierra, una estatua curiosamente labrada en una piedra de extraña magnitud, que representa uno de los ídolos que adoraban los indios en tiempo de su gentilidad. Pocos meses habían pasado cuando se halló la otra piedra, mucho mayor que la antecedente, a corta distancia de ella, y tan poco profunda que casi tocaba la superficie de la tierra, la que se veía por encima sin labor alguna; pero en la parte de abajo que asentaba en la tierra, se descubrían varias labores. Sacadas ambas, se condujo la primera a la Real Universidad, y la segunda se mantuvo algún tiempo en el mismo lugar donde se halló; pero ya en su natural situación vertical, pudiendo así registrarse con facilidad todo lo que hay en ella grabado. Luego que yo la vi, quedé lleno de gusto, por haber hallado en ella un testimonio fiel, que comprobaba lo que a costa de tantos trabajos y estudio tenía escrito sobre el sistema de los calendarios mexicanos, contra las falsas hipótesis con que los han desfigurado y

confundido los escritores de la historia indiana que han pretendido explicarlos, como lo demuestro en mi Cronología indiana, y se manifestará en algunos lugares de este papel lo más notable de sus errores. [...]

Por estar expuesta al público, y sin custodia alguna, no se pudo preservar de que la gente rústica y pueril la desperfeccionase, y maltratase con piedras y otros instrumentos, varias de sus figuras, a más de las que padecieron al tiempo de levantarla; por lo que antes de que la maltrataran más, o que se la diese otro destino, como ya se pensaba, hice sacar, a mi vista, copia exacta de ella, para mantenerla en mi poder, como un monumento original de la Antigüedad, y formé solamente unos apuntes de lo que significaban sus labores. Pero habiéndolo sabido varias personas curiosas, me han instado a que publique su explicación; y conociendo yo que de omitirla, y no dar a luz su estampa (si por algún acontecimiento se demolía, o daba el destino que se había pensado, perecía lo labrado, y no quedaba ejemplar ni noticia de lo que contenía tan bello monumento) padecería la historia antigua de México el mismo infortunio que ha padecido en tantos años, con la pérdida de otros que se arrojaron al fuego, por no haberse hecho el debido aprecio de ellos, y de los que de propósito se ocultaron en la tierra; determiné publicar la descripción de ambas piedras, para dar algunas luces a la literatura anticuaria, que tanto se fomenta en otros países, y que nuestro católico monarca el señor don Carlos III (que de Dios goce) siendo Rey de Nápoles, promovió con el célebre museo que, a costa de inmensas sumas de dinero, hizo fundar en Portici, de las excavaciones que mandó hacer en descubrimiento de las antiguas ciudades de Herculano y Pompeyana, sepultadas tantos siglos entre las cenizas, piedras y lavas de las erupciones del Vesubio.

Me movió también a ello el manifestar al orbe literario parte de los grandes conocimientos que poseyeron los indios de esta América en las artes y ciencias, en tiempo de su gentilidad, para que se conozca cuán falsamente los calumnian de irracionales o simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las gloriosas hazañas que obraron en la conquista de estos reinos. Por la narración de este papel, y por las figuras que se presentan a la vista, se manifestará el primor de los artífices que fabricaron sus originales, pues no habiendo conocido el fierro ni el acero, grababan con tanta perfección en las duras piedras las estatuas que representaban sus fingidos simulacros, y hacían otras obras de arquitectura, sirviéndose para ellas, en lugar de templados cinceles y acerados picos, de otras piedras más sólidas y duras.

En la segunda piedra se manifiestan varias partes de las ciencias matemáticas, que supieron con perfección. Su volumen y peso dan muestras de la mecánica y maquinaria, sin cuyos principios fundamentales no podrían cortarla y conducirla, desde el lugar de su nacimiento hasta el en que fue colocada. Por la perfección con que están formados los círculos; por el paralelismo que guardan estos entre sí; por la exacta división de sus partes; por la dirección de las líneas rectas al centro; y por otras circunstancias que no son comunes a los que ignoran la geometría, se conocen las claras luces que de esta ciencia tuvieron los mexicanos. De la astronomía y cronología, los mismos usos que hacían de esta piedra que vamos a explicar, darán a conocer cuán familiares eran entre ellos las observaciones del Sol y las estrellas, para el repartimiento del tiempo, y la distribución de él en períodos, que tenían cierta analogía con los movimientos de la Luna, de que formaban un año lunisolar, que les servía de arreglar sus fiestas a ciertos y determinados días, que no podían variar del tiempo prefinido por sus ritos arriba de 13 días en el dilatado intervalo de 52 años, al fin de los cuales reformaban su año civil.

La variedad con que hablan nuestros historiadores españoles acerca de la magnitud y materia de que fabricaban los indios las estatuas de sus falsos dioses, y la preocupación en que

incurrieron los primeros religiosos que les predicaron el santo Evangelio, de que cuanto veían grabado en piedras, o figurado en lienzos o papel, era objeto de su idolatría, ocasionó la confusión en que se hallaron todos, sin saber discernir cuáles eran las figuras que pertenecían puramente al culto de sus dioses, y cuáles las que se referían a sus historias. Estas regularmente se grababan en grandes lápidas: en las portadas de los palacios de los señores se figuraban las hazañas de sus ascendientes: no había ciudad o pueblo que no contuviera grabado en las piedras de sus muros, o en los peñascos de sus montes el año de su fundación; el origen de su nombre; quiénes fueron sus fundadores, y los progresos que en ellos habían hecho: todo representado con símbolos y caracteres que no entendían otros que los mismos indios, sin cuya interpretación no era fácil que los comprendieran los españoles. Y como ignorantes de lo que significaban semejantes figuras, demolieron muchos monumentos que pertenecían a la historia, creyéndolos objetos de sus supersticiosos ritos. Los indios, temerosos unos de que los calumniasen de reincidentes en la idolatría, ocultaron todo lo que pudieron; y maliciosos otros, callaron su verdadera significación, y llenaron de fábulas y despropósitos no solo a los españoles, sino también a los mismos de su nación, que procuraban instruirse de ellos, como lo refiere don Fernando de Alva Ixtlilxuchitl al fin de la Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España.

Esto es en cuanto a los sucesos históricos y políticos; pero mucho más silencio guardaron en lo perteneciente a las cosas de su antigua religión. Ninguno hay que en sus escritos haga mención particular de todos sus dioses; de las formas en que los figuraban; de los diversos atributos que les suponían; de sus transformaciones, y advocaciones con que los distinguían; y del modo de culto que les daban, y aunque uno u otra dio una ligera idea de ello, y algunos curas y ministros supieron mucho; fue tan poco y tan obscuro lo que sobre este asunto dejaron escrito, que nos puede formar de ello un concepto cabal de su mitología. No obstante, combinando algunos manuscritos de autores anónimos, con sus antiguas pinturas anteriores a la Conquista, y con lo que después de ella les predicaban los religiosos y curas, se puede saber mucho, aunque con bastante trabajo. De esta manera he conseguido noticias ciertas de su historia, que andan tan equivocadas en los autores impresos. Las de estos dos monumentos cuya descripción vamos a dar, tienen la fortuna de poder en mucha parte comprobarse con expresas relaciones y autoridades de personas del más distinguido carácter, así en cuanto a su literatura, como en orden a sus circunstancias, debiéndoseles dar mayor crédito por su mucha antigüedad: (que no es poco en materia tan obscura, como la historia de los indios, hallar autoridades impresas que confirmen lo que con tanto trabajo se ha conseguido saber)¹. Las relaciones manuscritas en lengua mexicana, de que también me he servido, son las más fieles y verdaderas, como que no se encuentran en ellas las contradicciones que se hallan en otras, así en la substancia, como en el modo de referir los hechos: por cuya razón han tenido siempre el debido aprecio entre los españoles instruidos que las han poseído². Pero en algunas están tan escasas las noticias, que se sabe por ellas poco o nada de la mitología indiana, y de su cronología y astronomía. [...]

Texto completo:

<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=87&Ref=17960>